

ALTOS VUELOS

Barcelona

Por Daniel Climent



Os conté la última vez que viajó mucho por mi trabajo. De hecho, dejé el relato justo en el momento en el que me dirigía al baño a comprobar las bondades amorosas de mi compañero de compartimento del tren. Mucho bulto y poca técnica. Eso sí, plena vitalidad y firmeza en cada centímetro de su cuerpo, y prisas, muchas prisas por terminar.

Hoy he vuelto a coger un tren y me he dado cuenta del tiempo que llevo sin contaros nada. Me dirijo a Valencia. Nunca he estado en esta ciudad pero y , aunque no conozco a nadie allí que me añore cuando vuelva, he concertado cuatro citas para esta noche. En los dos últimos años, sobre todo después de casarme, reservo los hoteles que tengan camas amplias, canal porno y bañera para relajarme después de cada fiesta.

Creo que antes de continuar debería aclarar la bomba que he lanzado hace apenas un instante. Joven, muy deportista, vicioso y casado hace dos años. Tengo menos de treinta y cinco años y estoy casado. No voy a justificarme por esto. Simplemente me gustan por igual hombres y mujeres. Lo que hago mal es engañar, pero no creo que tenga importancia, salvo en engaño en sí, si fuera de mi casa follo con hombres o mujeres. Claro que podrías pensar que siempre engaño con hombres, pero eso también tiene explicación. El sexo cañero me gusta con hombres.

El hotel de Valencia no me decepciona y nada más llegar recibo la visita de un universitario, malagueño, con mucho tiempo libre y un rabo descomunal. Lo he conocido a través de un portal gay duro. Es un machote muy activo y extremadamente cerdako. Le gusta humillar a otro macho. La follada es intensa, dura y muy extraña. Se hace llamar Guifa, un apodo que realmente no he podido descubrir lo que significa, pero confieso que me encantaría volver a verlo la próxima vez que vuelva. Aunque intento no correrme, para no perder ganas ni energías para el resto de la noche, no lo consigo. Me corro y, antes de que intente hacer otra cosa, Guifa extiende toda la lefa por mi jeta dejándome bien pringado con mi leche y la suya. Una vez terminamos y abre la boca, para algo más que no sea dar órdenes, descubro que este malagueño tiene un acento francés muy poco malagueño.

Baño reparador. Un par de cigarros y una copa de vino.

Dos horas más tarde, ya duchado y en la cama, nuevamente excitado, llegan dos tipos, del mismo portal anterior, y que prometían medidas descomunales y técnicas experimentales; pero que se olvidaron, por despiste o de forma intencionada, recordarme la edad y el peso. Y lo cierto es que no tengo nada en contra de esto, pero sí en contra de la gente que miente. La despedida es cuestión de minutos.

Recurso a mi tercera cita y trato de adelantarla, pero en ese preciso instante, compruebo, horrorizado, la manida excusa del familiar extraviado que vive doscientos kilómetros a la redonda y que ha decidido, a última hora, venir e instalarse en casa. Le digo que no se preocupe y trato de colgar cuanto antes para que el pobre chico tenga tiempo de hacer el baño y quedar bien con el familiar inoportuno.

No me queda más que el último as en la mano. Llamar al machote chandalero de treinta y tantos que me pedía sesenta euros por la hora se sexo. Lo cierto es que nunca me había planteado el asunto. Ni tengo edad, si hubiera que tener edad para esto, ni motivos objetivos para hacerlo, pero el calentón que me tiene con el rabo duro desde hace una hora, me impide darle más importancia de la poca que le doy al asunto. Si tienes dinero -y yo lo tengo-, te apetece follar y los planes se han torcido: pagas. Y así es como llegamos al asunto. Mario, que es como se llama la persona con la que hablo me ofrece, quizás por eso de la crisis, la posibilidad de venir con un colega por noventa euros. Le regateo a ochenta, luego pienso que soy un cutre, y le digo que está bien noventa. Seguramente somos de la misma quinta y hacemos el mismo deporte, pero lo cierto es que yo tengo unas ganas de comerme un rabo mientras otro me rompe el culo y ellos probablemente no. Acepto y confirmamos el hotel y la hora. Son azafatos con escala en el aeropuerto de Manises, con ganas de descargar y sacarse unas pelotas extras.

Llegan puntuales, con ropas deportivas pero recién duchados. Posiblemente vengan directamente del gimnasio. Están cachas y yo muy caliente. No tardo ni un segundo en estar de rodillas con dos rabos dentro de la boca. Toda la prisa que tenía por follar, parece ir desapareciendo mientras saboreo una y otra polla. Al compás, al tiempo. Lentamente. Las aprieto, lamo con fuerza y con ganas los capullos que están rojos, hinchados y llenos de sangre. Saben que soy un buen negocio y que lo van a pasar bien. Seguramente no pensaban encontrarse, y no quiero parecer pedante, con un cliente con esta pinta y con un culo tragón, bien formado y sin pelo, que aún no conocen que hace una mamada del nivel que están disfrutando. La noche transcurre cambiando de posturas, combinando mi boca con cada una de las dos piezas que traen mi amigo Mario y Pep, y saboreando unas botellas que cogemos en el minibar. Mis amigos parecen tener ganas -no se si esto es habitual, pero ambos están entregado, ansiosos, rabiosos- y mis dos acompañantes me follan con vicio, como si les fuera la vida en ello. Me corro, casi sin tocarme, con un rabo dentro del culo y otro en la boca. No recuerdo cual. Ellos continúan un poco más, pero no tardan en pedirme que me de la vuelta y en dejarme dos corridas abundantes y muy caliente sobre el pecho. No tienen prisas por irse, creo que lo hemos pasado bien. Cuando paso al baño les digo que les dejo el dinero -100 euros, ya que no tengo cambio y no encuentro como plantear el tema- junto a la tele, pero que antes pueden darse una ducha. Dos minutos más tarde, mientras me ducho, me doy cuenta como no estoy solo, sino que, de buenas a primeras, somos tres en un espacio reducido. Más reducido si cabe si pretendo arrodillarme y meterme dos rabos en la boca como si nunca lo hubiera hecho antes. El agua caliente va cayendo y mis amigos no tienen prisa. El siguiente vuelo lo tienen dentro de muchas horas.